

GALICIA COMO MODELO Y COMO PROYECTO

Comprometido con la cultura gallega y promotor de un proyecto multidisciplinar que indaga en los más amplios aspectos de la historia, la geografía, la literatura, la antropología y el pensamiento de este país, consolidado, a lo largo de los años, en Hércules de Ediciones, Rodríguez Iglesias, su impulsor y principal ideólogo, afronta el arte en el seno de una Fundación cuyos objetivos darán cuerpo a sus mismas obsesiones editoriales. Galicia como modelo y proyecto intenta prolongar el compromiso más allá de los libros y situarse en la diacronía de lo que han sido las artes plásticas a través de los diferentes períodos del siglo XX.

Su punto de partida ha sido Alfonso R. Castelao (1886-1950), máxima figura del galleguismo histórico e igualmente impulsor de los aspectos diferenciales del arte gallego a partir de la segunda década del siglo que acaba de concluir. Y nada mejor que hacerlo desde un cuadro emblemático, sin duda el más interesante que jamás ha pintado el artista rianxeiro: La tentación de Colombina (1917), un gran formato de dos por cuatro metros. Esta pieza, aparecida en Pontevedra hace pocos años, reafirma, en contra de las reticencias hacia la pintura sin “mensaje social”, que estamos ante uno de los grandes pintores modernistas españoles, pues es en el modernismo estético cuando sus cualidades artísticas salen mejor paradas, al considerarse él hijo de aquel ambiente cultural, no sólo por generación —es el ámbito de la Generación Nós—, sino también por afinidad y formación. El cuadro había sido pintado sin otro compromiso que el de un encargo aceptado por Castelao para hacer una composición absolutamente libre. Y, sintiéndose en ese estado de libertad, se introduce en una estética y en un tema que ni son el dibujo ni las recurrencias éticas a la Galicia que le obsesionó, sino la pintura y la mitología, bajo la atmósfera que mejor lo ha caracterizado como artista, que no es otra que la finisecular del modernismo, que se proyecta incluso hasta bien entrado el siglo XX. El artista ejecuta el cuadro un año después de haber llegado a Pontevedra como funcionario de la Delegación del Instituto Geográfico Estadístico. Don Germán Pedrosa, su encargante, lo exhibió durante muchos años en el salón de té que poseía en la calle de la Oliva. Castelao se enfrenta a un género que nunca dejó de interesarle, el teatro, y lo hace proponiendo un tema ya mítico, extraído de la comedia italiana: el triángulo amoroso entre Pierrot, Colombina y Arlequín, un tema que remonta sus orígenes al siglo XVII.

La tentación de Colombina explica las preocupaciones estéticas de la Generación Nós y su particular interpretación del modernismo, opción que se funde con los ecos simbolistas, que incidían en lo escenográfico y en los elementos decorativos y fantásticos, en las experiencias emocionales y en una sesgada mirada literaria que privilegiaba el sentimiento poético tanto como la apoteosis wagneriana. Castelao no excluye tampoco ni la admiración por el universo melancólico y bucólico de Puvis de Chavannes ni la refracción de la oscuridad dramática del simbolismo romántico de Arnold Böcklin, cuya obra había conocido en su viaje europeo de 1921. Pero en este cuadro lo escenográfico se subordina al sentimiento pictórico, a la historia de una atmósfera licuada como imaginación, no exenta de erotismo —la sugerida desnudez de Colombina así lo pone de manifiesto y de pasión cálida en la utilización del color desvaído, superpuesto a las líneas que siempre definirán sus perfiles.

Ubicado en una posición estética, comprometida social y políticamente con Galicia, que

restó riesgo e innovación a su pintura, La tentación de Colombina es tal vez el pago necesario de Castelao a la historia del arte por encima de aquellos sentimientos o el placer oculto que delatan sus intenciones cromáticas siempre eludidas en beneficio de la claridad dibujística, para llegar de manera rotunda al público, en caso de que las exigencias que se impuso a sí mismo con relación al país no fueran de tal naturaleza. De una u otra forma, debemos acercarnos a este extraordinario cuadro con la conciencia que él tuvo entonces de la modernidad, prevista desde una periferia cultivada en la melancolía interpretativa de un fin de siglo que aún amaba la poética decadentista, una síntesis del equilibrio entre la alegoría del relato y la composición, revertida al terreno natural de la pintura que apasionó al Delacroix más cálido.

Partir de Castelao y de una pieza tan simbólica para el arte gallego implica, pues, asumir, con un criterio de rigor, el mismo proceso en el que debe desarrollarse el resto de la selección: basarse en el prestigio de sus artistas y de sus obras. Y, al igual que sucede con otros modelos de diferentes colecciones contemporáneas, sabemos que, por problemas de accesibilidad inmediata, el citado rigor nos lleva a comenzar por lo más reciente, siguiendo un peculiar contrapunto que nos sitúa ineludiblemente en el ahora. Es así como la Colección de la Fundación Rodríguez Iglesias ha puesto un punto de partida en el extremo más simbólico de principios del siglo XX —Castelao—, y en otros que se irán construyendo hacia atrás desde los diferentes presentes. Ello explica que la Colección cuente con nombres y obras singulares implicadas en la actualidad y en los más variados lenguajes estéticos, desde la escultura a la pintura, desde el grabado a la fotografía, desde el objeto a la instalación y a otros soportes.

Situados en los años ochenta, la década de la emergencia del arte gallego con un interés más allá de los propios límites naturales del país, el horizonte del atlantismo estético y su superación posterior, diversificando lenguajes, está presente en una serie de nombres que siguen siendo importantes incluso en el discurso de los últimos años. Es el caso de Antón Pulido, Armando Guerra, J. Ramón Morquecho, Xoán Pardiñas, Pedro Muíño, Tono Carbajo, Enrique Velasco, Antón Sobral, Vidal Souto, Xoti de Luis, Pepe Galán, César Otero, Xaime Cabanas, Jorge Peteiro, Xavier Correa..., presentes con obras que ponen en evidencia los nuevos modos de afrontar lenguajes: los escultóricos basados en el diálogo con el espacio, el posformalismo pictórico de la abstracción recuperada, con otras opciones críticas vinculadas a la imagen neofigurativa o neopop, a la pintura de “campo amplio” o la reconsideración apropiacionista del objeto..., pero, ante todo, solidarios con la dimensión social de los nuevos usos del compromiso artístico. Solidaridad que es igualmente estética y que descubrimos en la generación más reciente, la que sucede al núcleo Atlántica —que fue el punto de despegue del deseo internacionalista del arte gallego a comienzos de la década de los ochenta—, muchos de cuyos protagonistas están representados por selectivas obras en esta Colección: Xosé G. Teiga, Berta Cáccamo, Darío Basso, Simón Pacheco, Norberto Olmedo, Armindo Salgueiro, Carmen Hermo, Lola Solla, Xoán Cerviño, Loreto Blanco, Xurxo Gómez-Chao, Xurxo Martiño, Tatiana Medal...

Pero habría que remontarse, desde el citado contrapunto, hacia atrás, es decir, iniciar la andadura desde el presente que acabamos de exponer, como modelo de la pluralidad lingüística de los años ochenta y noventa, hacia los proyectos más consolidados que se iniciaron ya en las décadas de los sesenta o setenta. A pesar de ello, muchos son los artistas que responden a la misma inquietud que termina por situarlos en el debate de la actualidad que enmarca el contexto de sus preocupaciones, pero también el del arte.

El conocedor del panorama plástico en Galicia puede deducir el lugar de cada uno; sin

embargo, las obras que los representan responden a un esmerado cuidado selectivo, que es, a nuestro entender, lo que definirá, con el tiempo, la perdurabilidad y el clasicismo de sus aportaciones. No de otra forma podríamos analizar la obra seleccionada de Xulio Maside, Felipe Criado, Soledad Penalta, Ferreiro Badía, Manuel Facal, Ramón Deside, Manuel Aramburu, Eiravella, José Barreiro, Alfonso Costa, Manuel Ruibal o los bautizados por Vicente Risco, en el Ourense de principios de los sesenta, como “Os Artistiñas”: Xaime Quessada, Acisclo Manzano y Virxilio Fernández, entre otros.

La Colección de la Fundación Rodríguez Iglesias de A Coruña no sólo intentará complementar, de la misma manera, la necesaria referencia del arte gallego del siglo XX, que, en la actualidad, representa con dignidad, aunque fragmentariamente, el Museo de Bellas Artes de la ciudad, sino también convertirse en centro de debate de las corrientes estéticas, en las que Galicia tendrá que sentirse implicada.

Xosé Antón Castro Fernández